

CAPÍTULO IV

OTRO IDILIO

—¡Ah! ¡demonio! dijo Tonsard viendo entrar á su suegro y sospechando que estaba en ayunas, esta mañana os ha picado temprano el gusano del hambre. No tenemos nada que daros... ¿Y esa cuerda que tenéis que hacer? Es asombrosa la cantidad de ella que fabricáis la víspera y la poca que encontráis hecha al día siguiente. Hace ya mucho tiempo que debíais haber torcido la que ha de poner fin á vuestra existencia, porque nos vais saliendo demasiado caro...

La broma del aldeano y del obrero es muy ática; consiste en expresar todo su pensamiento acompañado de algún dicho grotesco. Lo mismo ocurre en los salones. Únicamente existe una diferencia, y es que en éstos la fineza del espíritu reemplaza á la pintoresca rudeza.

*—No hay suegro que valga, dijo el anciano; hálblame como á un parroquiano cualquiera; quiero una botella del mejor.

Y mientras decía esto, Fourchon golpeaba con una moneda de cinco francos, que en su mano brillaba como un sol, la mala mesa en que estaba sentado, mesa cuya capa de grasa, cuyas negras quemaduras y cuyos cortes y marcas de vino llamaban la atención. Al oír el ruido del dinero, María Tonsard dirigió á su abuelo una mirada feroz, que brotó de sus azules ojos como una chispa. La Tonsard salió de su cuarto atraída por la música del metal.

—Siempre tratas con aspereza á mi pobre padre, le dijo á Tonsard; y, sin embargo, de un año á esta parte gana mucho dinero. ¡Dios quiera que sea honradamente! ¿A ver eso?... dijo saltando sobre la moneda y arrancándola de las manos de Fourchon.

—Anda, María, dijo gravemente Tonsard; encima de la tabla hay aún vino *embotellado*.

En el campo, el vino es de una sola clase, poco se vende bajo dos denominaciones distintas: vino de pipa y vino *embotellado*.

—¿De dónde proviene esto? preguntó la Tonsard á su padre, metiéndose la moneda en el bolsillo.

—Felipa, ¡tú acabarás mal! dijo el anciano meneando la cabeza é intentando recobrar su dinero.

Fourchon reconoció sin duda la inutilidad de una lucha entre su terrible yerno, su hija y él, y añadió con tono amargo:

—Hé aquí una botella de vino que me cuesta todavía cinco francos; pero será la última. En lo sucesivo me haré parroquiano del café de la Paz.

—Calla, papá, repuso la blanca y gorda tabernera, que se parecía bastante á una matrona romana; necesitas una camisa, un pantalón limpio, otro sombrero, y quiero que alguna vez lleves chalco.

—Ya te he dicho que esto sería arruinarme, exclamó el anciano. El día que me crean rico, nadie me dará nada.

La botella traída por la rubia María, ahogó la elocuencia del anciano, que no carecía de aquel rasgo particular á aquellos cuya lengua lo dice todo y cuya charla no recula ante ningún pensamiento, aunque sea atroz.

—¿De modo que no queréis decirnos en dónde *birláis* tanto dinero? preguntó Tonsard. Si nos lo dijeseis, iríamos nosotros también.

Mientras acababa de hacer un lazo, el feroz tabernero espiaba el pantalón de su suegro, y bien pronto vió dibujarse en él el relieve producido por la otra moneda de cinco francos.

—¡A vuestra salud y porque llegue á ser capitalista! dijo el padre Fourchon.

—Si quisieseis, lo seríais, dijo Tonsard; tenéis medios para ello... Pero el diablo os ha hecho un agujero en la cabeza y todo se os escapa por él.

—¡Qué diablo! le he hecho la jugada de la *lutria* á ese señorito de los Aigues que ha venido de París; eso es todo.

—Si viniese mucha gente á ver los manantiales del Avonne, os haríais rico, papá Fourchon, dijo María.

—Sí, repuso el viejo bebiendo el último vaso de su botella; pero á fuerza de jugar con las *lutrias*, las *lutrias* se han encolerizado, y hoy he encontrado en mi camino una que me ha de producir más de veinte francos.

—Papá, ¿qué apostamos á que has hecho una *nutria* de

estopa? dijo la Tonsard mirando á su padre con aire socarrón.

—Si me das un pantalón, un chaleco y unos tirantes para no avergonzar á Vermichel en nuestro estrado del Tivoli, pues el padre Socquard me está mareando siempre, te doy la moneda, hija mía; la mereces por tu buena idea. Yo podré engañar de nuevo al señorito de los Aigues, que sin duda se va á aficionar á las *lutrias*, cuando vea la que yo he cazado.

—Vete á buscar otra botella, dijo Tonsard á su hija.

—Si tu padre tuviese una *lutria*, nos la enseñaría, continuó dirigiéndose á su mujer y procurando herir la susceptibilidad de Fourchon.

—¡Temo mucho verla freir en vuestra sartén! dijo el anciano guiñando uno de sus ojillos verdes y mirando á su hija. Felipa me ha escamoteado ya cinco francos; y ¿cuántos no me habéis quitado, bajo pretexto de vestirme y de alimentarme? Y me decís que me ha picado el gusano del hambre muy temprano, y, además, me tenéis siempre desnudo.

—El último traje lo vendisteis para beber vino cocido en el café de la Paz, papá... dijo la Tonsard; buena prueba de ello es que Vermichel quería impediros que lo vendieseis...

—¡Vermichel!... ¡el, á quien yo convidé! Vermichel es incapaz de hacer traición á mi amistad. Habrá sido ese quintal de tocino viejo con dos patas, á quien él no se avergüenza de llamar su mujer.

—Él, ó ella, respondió Tonsard, ó Bonnebault...

—Si fuese Bonnebault, repuso Fourchon, él, que no sale nunca del café... yo... le... Basta.

—Pero hombre, ¿qué importa que hayáis vendido vuestras ropas? Las habéis vendido, porque las habéis vendido; ¡ya sois mayor de edad! repuso Tonsard dando cariñosos golpes en el muslo del anciano. Vamos, haced honor á mis bebidas, humedeceros el gaznate. El padre de *maná* Tonsard tiene derecho á ello, y vale más que venga aquí, que no que vaya á llevar su plata á Socquard.

—¡Y decir que hace quince años que hacéis bailar á la gente en el Tivoli, sin haber podido adivinar el secreto del vino cocido de Socquard, vos que sois tan astuto! dijo la hija al padre. Sin embargo, ya sabéis que con ese secreto llegaríamos á ser tan ricos como Rigou.

En el Morvan y en la parte de Borgoña que se extiende á sus pies hacia París, ese vino cocido, reprochado por la Tonsard al padre Fourchon, es una bebida muy apreciada, que desempeña un gran papel en la vida de los aldeanos, y que saben hacer mejor ó peor los abaceros y los cafeteros, allí donde existen cafés. Este bendito licor, compuesto de vino cocido, azúcar, canela y otras especias, es preferible á todas las composiciones y mezclas del aguardiente llamado ratafia, mata ratas, etc. Se encuentra vino cocido hasta en las fronteras de Francia y de Suiza. En el Jura, en los lugares salvajes en donde penetran algunos *touristas*, los posaderos dan el nombre de vino de Siracusa á este producto industrial, que es excelente, y se dan por satisfechos pagando á tres y á cuatro francos la botella, gracias al hambre canina que se desarrolla subiendo á los picos. Pero en las casas del Morvan y de Borgoña, el más ligero dolor, el más pequeño estremecimiento nervioso, es un pretexto para el vino cocido. Las mujeres, mientras dura el embarazo, antes y después de parir, lo toman en abundancia. El vino cocido ha devorado la fortuna de muchos aldeanos. Así es que este líquido seductor ha hecho necesarias muchas veces las reprimendas maritales.

—No hay medio alguno, respondió Fourchon. Socquard se encierra siempre para fabricar su vino cocido, y ni siquiera le dijo el secreto á su difunta mujer. Todo lo trae de París para fabricarlo.

—¡No molestes á tu padre! exclamó Tonsard; ¿no lo sabe? Pues bien, no lo sabe. Es imposible saberlo todo.

Al ver la dulzura de la voz y de la fisonomía de su yerno, Fourchon se inquietó.

—¿Quieres robarme? dijo sencillamente el anciano.

—¡Yol! dijo Tonsard, yo no tengo nada que no sea legítimo en mi fortuna; y cuando os quito algo, no hago más que cobraros la dote que me habíais prometido.

Fourchon, tranquilizado con esta brutalidad, bajó la cabeza como hombre vencido y convencido.

—Mirad qué lazo más bonito, repuso Tonsard aproximándose á su suegro y poniéndoselo sobre las rodillas; necesitarán caza en los Aigues y nosotros lograremos venderles la suya propia, ó no habría Dios para nosotros los pobres.

—Está muy bien trabajado, dijo el anciano examinando aquella máquina malhechora.

—No tengáis cuidado, papá, dejadnos recoger dinero, dijo la Tonsard. Tendremos nuestra parte correspondiente en el botín de los Aigues.

—¡Ah! ¡qué charlatana! dijo Tonsard. Si alguna vez me cuelgan, seguramente que no será por pegarle un tiro á nadie, sino por la lengua de vuestra hija.

—¿De modo que creéis que los Aigues se han de vender por lotes por vuestra cara bonita? respondió Fourchon. ¡Cómo! ¡después de treinta años que el padre Rigou os chupa hasta la médula de los huesos, no habéis visto aún que los burgueses han de ser peores que los señores! En este asunto, hijos míos, los Soudry, los Gaubertin, los Rigou, os harán bailar en la cuerda floja. *¡Yo tengo buen tabaco, mas tú no lo tendrás!* el aire nacional de los ricos... ¡El aldeano será siempre el aldeano! ¿No veis?... (¡pero vosotros no entendéis nada de política!...) ¿no veis que el gobierno ha puesto tantos derechos al vino con el único objeto de privarnos de nuestro *quibus* y de mantenernos en la miseria? Los burgueses y el gobierno es todo uno. ¿Qué ocurriría si fuésemos todos ricos? ¿Trabajarían ellos las tierras? ¿Recogerían la cosecha? Los desgraciados les son necesarios. ¡Yo he sido rico durante diez años, y ya sé lo que pensaba de los indigentes!...

—De todos modos es preciso ayudarles, respondió Tonsard, porque trabajan para que las grandes tierras sean vendidas por lotes; después ya nos volveremos contra Rigou. Si yo estuviese en lugar de Piernacorta, á quien devora, hace ya tiempo que hubiese saldado su cuenta con otras balas distintas de las que él le da...

—Tenéis razón, respondió Fourchon. Como dice el padre Niseron, que sigue siendo republicano á pesar de todo: «¡El pueblo tiene la vida dura, no muere, aun le queda tiempo!...»

Fourchon quedó sumido en una especie de meditación, y Tonsard se aprovechó de ella para coger el lazo; pero al cogerlo, le cortó de un tijeretazo el pantalón mientras que el padre Fourchon levantaba el brazo para beber, y puso el pie sobre la moneda de cinco francos, que fué á caer en la parte del suelo siempre húmedo en que los bebedores acostumbaban á vaciar sus vasos. Aunque esto fué hecho con gran habilidad, la sustracción hubiese sido notada por el anciano, á no haberse distraído con la llegada de Vermichel.

—Tonsard, ¿sabéis en dónde se encuentra el abuelo? preguntó el funcionario desde la empalizada.

El grito de Vermichel, el robo de la moneda y el último trago tuvieron lugar simultáneamente.

—¡Presente, mi oficial! dijo el padre Fourchon tendiendo la mano á Vermichel para ayudarle á subir las escaleras de la taberna.

De todas las caras borgoñonas, la de Vermichel os hubiera parecido la más borgoñona. El patricio no tenía un color encarnado, sino escarlata. Su faz, como algunas partes tropicales del globo, reventaba por varios puntos en forma de pequeños volcanes, á los que Fourchon llamaba muy poéticamente flores de vino. Esta ardiente cabeza, cuyas facciones habían engordado desmesuradamente á causa de las continuas borracheras, parecía ciclópea, alumbrada por la parte derecha por una animada pupila y obscurecida del otro por un ojo cubierto por una catarata amarilla. Unos cabellos rubios, siempre desgredados, y una barba semejante á la de Judas, hacían á Vermichel tan terrible en apariencia, como era manso en realidad. La nariz, en forma de trompa, se parecía á un punto de interrogación, al que la boca, excesivamente hendida, parecía responder siempre, hasta cuando no se abría. Vermichel, hombre de talla corta, llevaba zapatos herrados, un pantalón de terciopelo verde botella, un viejo chaleco remendado con telas diversas y que parecía haber sido hecho con una colcha, una chaqueta de grueso paño azul y un sombrero gris de anchas alas. Este lujo, impuesto por el pueblo de Soulanges, en donde Vermichel acumulaba las funciones de portero del ayuntamiento, tambor, alcaide, músico y patricio, estaba al cuidado de la señora Vermichel, una terrible antagonista de la filosofía rabelesiana. Este marimacho con bigote, de un metro de ancha, y con un peso de ciento veinte kilos, y, sin embargo, ágil, había establecido su dominio sobre Vermichel, el cual, golpeado por ella cuando estaba borracho, recibía también palos cuando estaba sereno. Así es que el padre Fourchon decía despreciando el lujo de Vermichel: «¡Lleva la librea del esclavo!»

—Cuando al sol se nombra, sus rayos asoma, dijo Fourchon repitiendo este dicho inspirado por la cara de Vermichel, que se parecía á uno de esos soles pintados en los letreros de las posadas de provincias. ¿La señora Vermichel

ha encontrado acaso demasiado polvo sobre tus espaldas, para que huyas de ese modo de tus cuatro quintos, porque no se la puede llamar mitad á tu mujer? ¿Qué te trae tan temprano por aquí, tambor batiente?

—¡Siempre la política! respondió Vermichel, que indudablemente debía estar acostumbrado á estas bromas.

—¡Ah! el comercio de Blangy va mal, tenemos que protestar unas letras, dijo el padre Fourchon sirviéndole un vaso de vino á su amigo.

—Pero nuestro *mono* viene detrás de mí, respondió Vermichel empujando el codo.

En la jerga de los obreros, el *mono* es el amo. Esta locución formaba parte del diccionario Vermichel y Fourchon.

—Y ¿qué viene á buscar el señor Brunet por aquí? preguntó la Tonsard.

—¡Pardiez! vosotros hace tres años que le dais á ganar más de lo que valéis, dijo Vermichel. ¡Ah! el señor de los Aigues os anda buscando las cosquillas. Va bien, el Tapicero... como dice el padre Brunet: «Si hubiese tres propietarios como él en el valle, habría hecho mi fortuna».

—¿Qué nueva cosa han inventado contra la gente pobre? dijo María.

—Vaya, vaya, repuso Vermichel, dejadle, no es tonto, y acabaréis por someteros. ¿Qué queréis? ya veis que desde hace dos años cuenta con mucha fuerza: tres guardas, un guarda á caballo, todos activos como hormigas, y un guardabosque que es una fiera. En fin, la gendarmería se dispone ahora á ayudarles... os aplastarán.

—¡Ah! ¡sí! dijo Tonsard, somos demasiado pequeños... Lo que más resiste, no es el árbol, sino la hierba.

—No te fies, respondió el padre Fourchon á su yerno, tú tienes propiedades...

—En fin, repuso Vermichel, os quieren tanto esa gente, que sólo piensan en vosotros desde la mañana á la noche. Se han dicho lo siguiente: «El ganado de esta gente padece en nuestras praderas; vamos á cogerle el ganado y de ese modo, á no ser que coman ellos la hierba de nuestros prados, no nos perjudicarán». Como todos tenéis alguna condena sobre los hombros, le han dicho á nuestro *mono* que se apodere de vuestras vacas. Empezaremos por Conches, adonde vamos á coger la vaca de la Bonnebault, la vaca de la Godin, la vaca de la Mitant...

Tan pronto como oyó el nombre de Bonnebault, María, novia de Bonnebault, el nieto de la vieja de la vaca, se fué á la viña cercada, después de haber hecho una seña á su padre y á su madre. Pasó como una anguila á través de un agujero del seto, y se dirigió á Conches con la rapidez de una liebre perseguida.

—Tanto harán, dijo tranquilamente Tonsard, que lograrán romperse los huesos, y sería lástima, porque sus madres no podrán hacerles otros nuevos.

—Bien podría suceder, añadió el padre Fourchon. Pero mira, Vermichel, no puedo ser contigo hasta dentro de una hora, pues tengo asuntos importantes en el castillo.

—¿Más importantes que tres asuntos de veinticinco céntimos cada uno? Papá Noé ha dicho: «Es preciso no escupir en la vendimia».

—Te digo, Vermichel, que mi comercio me llama al castillo de los Aigues, repuso Fourchon tomando un aire de grotesca importancia.

—Por otra parte, ¿no haría bien mi padre en escabullirse? ¿Acaso queréis encontrar las vacas?—dijo la Tonsard.

—El señor Brunet, que es un buen hombre, se alegraría mucho si no encontrase más que las boñigas, repuso Vermichel. Un hombre que se ve obligado como él á andar de noche por los caminos, tiene que ser prudente.

—Si lo es, hace bien, dijo Tonsard con sequedad.

—De modo, repuso Vermichel, que le dijo á Michaud lo siguiente: «Iré tan pronto como termine en la audiencia». Si él hubiese querido encontrar las vacas, hubiese ido mañana á las siete. Pero, al fin y al cabo, el señor Brunet no tendrá más remedio que ir. Michaud es un buen perro de caza y no se deja engañar dos veces. ¡Ah! ¡qué bandido!

—Debía haberse quedado en el ejército, pues los fanfarrones como él, sólo sirven para ser carne de cañón, dijo Tonsard. Ya quisiera yo habérmelas con él; estoy seguro de que, á pesar de titularse viejo veterano de la guardia, había de quedar mal parado.

—A propósito, dijo la Tonsard á Vermichel, ¿cuándo podrán verse los carteles para la fiesta de Soulanges? Ya estamos á 8 de agosto.

—Ayer los llevé yo á imprimir á casa del señor Bournier, á la Ville-aux-Fayes, respondió Vermichel. Se ha hablado

en casa de la señora de Soudry de hacer fuegos artificiales en el lago.

—¡Cuánta gente tendremos! exclamó Fourchon.

—Esos días son buenos para Socquart, dijo el tabernero con aire envidioso.

—¡Oh! ¡si no llueve! añadió su mujer como para tranquilizarse á sí propia.

Se oyó el trote de un caballo que venía de Soulanges, y, cinco minutos después, el alguacil ataba su caballo á un poste puesto expresamente en la puerta del corral por donde entraban las vacas. Después asomó la cabeza por la Grande-I-Verde.

—Vamos, vamos, hijos míos, no perdamos tiempo, dijo afectando tener mucha prisa.

—¡Ah! dijo Vermichel, tenéis un refractario, señor Brunet. El padre Fourchon tiene la gota.

—Lo que tiene es varias gotas, replicó el alguacil; pero la ley no le pide que esté en ayunas.

—Dispensad, señor Brunet, dijo Fourchon, me esperan para un negocio en los Aigues, estamos en tratos sobre una *lutria*.

Brunet, hombrecito seco, de tez biliosa, vestido todo de negro, ojos aleonados, cabellos crespos, boca muy apretada, nariz puntiaguda, temperamento inquieto y voz ronca, ofrecía el fenómeno de una fisonomía, de un talante y de un carácter en armonía con su profesión. Conocía tan bien el derecho, ó, mejor dicho, la trampa, que era á la vez el terror y el consejero del concejo; así es que no dejaba de gozar de cierta popularidad entre los aldeanos, á los cuales les exigía siempre sus honorarios en especies. Todas sus cualidades activas y pasivas y su saber hacer le valían la clientela del concejo, con exclusión de su colega maese Plissoud, de quien se hablará más tarde. Esta casualidad de un alguacil que lo hace todo y de otro alguacil que no hace nada, es muy frecuente en los juzgados de paz del interior de los campos.

—¿De modo que la cosa se pone mal? dijo Tonsard al padre Brunet.

—¿Qué queréis? robáis demasiado á ese hombre, y él se defiende, respondió el alguacil; vuestros negocios acabarán mal porque el gobierno tomará cartas en el asunto.

—¿Entonces hemos de morir de hambre los desgraciados?

dijo la Tonsard ofreciendo un vaso en un platillo al alguacil.

—Los desgraciados podrán morir de hambre, pero nunca se extinguirán, dijo sentenciosamente Fourchon.

—Es que también devastáis demasiado los bosques, replicó el alguacil.

—No lo creáis, señor Brunet; hacen demasiado ruido, y total por unos miserables haces, dijo la Tonsard.

—Todo esto depende de que aún no se han reventado bastantes ricos durante la Revolución, dijo Tonsard.

En este momento se oyó un ruido horrible é inexplicable. El galope de dos pies que corrían desesperadamente, mezclado con el choque de armas, dominaba un roce de hojas y ramas, arrastradas por pasos más precipitados aún. Dos voces, tan diferentes como los dos galopes, lanzaban chillonas interjecciones. Todos los que estaban en la taberna, adivinaron la huida de una mujer perseguida por un hombre; pero ¿con qué motivo?... La incertidumbre no duró mucho tiempo.

—Es la madre, dijo Tonsard irguiéndose; la conozco por el temblor de sus pasos.

Y acto continuo, después de haber subido los escalones de la Grande-I-Verde, por un esfuerzo, cuya energía sólo se concibe en las piernas de los contrabandistas, la anciana Tonsard cayó patas arriba en medio de la taberna. El inmenso montón de leña que formaba su haz hizo un ruido terrible, chocando con la parte superior de la puerta y contra el suelo. Todo el mundo se había separado. Las mesas, las botellas y las sillas, alcanzadas por las ramas, fueron derribadas. El ruido no hubiera sido mayor si la cabaña se hubiese venido abajo.

—¡Estoy muerta! ¡El miserable me ha matado!...

El grito, la acción y la carrera de la anciana se explicaron por la aparición en el umbral de un guarda todo vestido de paño verde, el sombrero adornado de una chapa de plata, el sable al cinto, la bandolera de cuero con las armas de Montcornet y con las de Troisville, el chaleco encarnado de ordenanza y las polainas de piel, que le llegaban hasta encima de las rodillas.

Después de un momento de duda, el guarda, viendo á Vermichel y á Brunet, dijo:

—Tengo testigos.

—¿De qué? dijo Tonsard.

—Esta mujer lleva en su haz una encina de diez años cortada en leños. ¡Un verdadero crimen!...

Vermichel, tan pronto como oyó la palabra testigos, juzgó conveniente irse á la viña á tomar el aire.

—¡De qué!... ¡de qué!... dijo Tonsard colocándose delante del guarda, mientras que la Tonsard levantaba á su suegra; ¿quieres marcharte de aquí en seguida, Vatel?... Llama á juicio verbal y haz aprehensiones en los caminos allí estás en tu casa, bandido; pero sal de aquí. ¡Mi casa es mía! Cada uno es dueño de su casa...

—Es que hay flagrante delito, y tu madre tiene que venir conmigo.

—¿Detener á mi madre en mi casa? No tienes derecho á ello. Todo el mundo sabe que el domicilio es inviolable. ¿Tienes acaso un auto del señor Guerbet, nuestro juez de instrucción? ¡Ah! ¡aquí no puede entrar nadie más que la justicia! Tú no eres la justicia, aunque hayas prestado juramento ante el tribunal para hacernos morir de hambre, malvado carabnero de bosque!

El furor del guarda había llegado á tal paroxismo, que quería apoderarse del haz; pero la vieja, una horrible momia negra dotada de movimiento, y cuya semejanza no se ve nada más que en el cuadro de las Sabinas, de David, le gritó:

—No lo toques, ó te salto á los ojos.

—Pues bien, ¿á que no os atrevéis á deshacer el haz en presencia del señor Brunet? dijo el guarda.

Aunque el alguacil afectase aquel aire de indiferencia que la costumbre de los negocios da á los empleados de los juzgados, hizo á la tabernera y á su marido ese guiño que significa: «¡Mal negociol!...» El viejo Fourchon señaló con el dedo á su hijo el montón de ceniza que había en la chimenea. La Tonsard, que comprendió á la vez con aquel gesto significativo el peligro de su suegra y el consejo de su padre, tomó un puñado de ceniza y se lo arrojó á los ojos del guarda. Vatel empezó á aullar; Tonsard, alumbrado con toda la luz que perdía el guarda, lo empujó con fuerza hacia los malos peldaños exteriores, en donde los pies de un ciego tenían que tropezar por fuerza, y Vatel rodó hasta el camino, dejando en la caída su escopeta. En un momento quedó deshecho el haz, y los leños fueron extraídos y escondidos en menor tiempo del que se tarda en decirlo. Brunet,

no queriendo ser testigo de aquella operación prevista por él, se precipitó sobre el guarda para levantarle, lo sentó sobre el declive de la cuneta, y fué á mojar su pañuelo en agua para lavar los ojos al paciente, el cual, á pesar de sus sufrimientos, intentaba arrastrarse hacia el arroyo.

—Vatel, no tenéis razón, le dijo el alguacil; no tenéis derecho para entrar en las casas...

La vieja, mujercita casi jorobada, lanzaba tantos rayos por sus ojos, como injurias por su boca desdentada y cubierta de espuma, manteniéndose en el umbral de la puerta, en jarras, y gritando de un modo que se la podía oír desde Blangy:

—¡Ah! ¡miserable! ¡anda! ¡bien empleado te está! ¡Que el infierno te confunda!... ¡sospechar que yo pueda cortar árboles, yo, la mujer más honrada de la aldea, y perseguirme como si fuese un criminal dañino! ¡Ojalá que perdieses los ojos, pues ganaría mucho el país con ello para su tranquilidad! ¡Todos vosotros, lo mismo tú que tus compañeros, sois una plaga que suponéis en nosotros infamias para encender la guerra entre vuestro amo y nosotros!

El guarda se dejaba limpiar los ojos por el alguacil, el cual, mientras le curaba, seguía demostrándole que, en derecho, no tenía razón.

—La pordiosera nos ha reventado, dijo, por fin, Vatel; estaba en el bosque desde por la noche...

Como todo el mundo había echado una mano para ocultar el árbol cortado, las cosas quedaron muy pronto ordenadas dentro de la taberna, y entonces Tonsard, encaminándose hacia la puerta con aire soberbio, dijo:

—Vatel, hijo mío, si otra vez se te ocurre violar mi domicilio, será mi escopeta quien te responderá; hoy ha sido ceniza, pero otro día es fácil que sea fuego. No conoces tu oficio... Después de todo, si tienes calor y quieres un vaso de vino, se te ofrece; podrás ver que el haz de mi madre no tiene ni un pedazo de leña que sea sospechoso, pues todo es maleza.

—¡Canalla! dijo en voz baja el guarda al alguacil, herido más vivamente en el corazón por aquella ironía, de lo que lo había sido en los ojos por la ceniza.

En este momento, Carlos, el lacayo, el que un instante antes había salido á buscar á Blondet, apareció en la puerta de la Grande-I-Verde.

—¿Qué os pasa, Vatel? dijo el lacayo al guarda.

—¡Ah! respondió el guardabosque enjugándose los ojos, que había sumergido abiertos en el arroyo para acabar de limpiarlos; tengo ahí unos deudores á quienes he de hacer maldecir del día en que nacieron.

—Si lo tomáis de ese modo, señor Vatel, dijo friamente Tonsard, ya os apercebiréis de que en Borgoña no nos chupamos el dedo.

Vatel desapareció. Carlos, poco curioso por saber la solución de aquel enigma, miró dentro de la taberna, y le dijo el padre Fourchon:

—Venid al castillo, vos y vuestra nutria, si tenéis alguna.

El anciano se levantó precipitadamente y siguió á Carlos.

—Y bien, ¿en dónde está esa nutria? dijo Carlos sonriéndose con aire de duda.

—Por aquí, dijo el viejo cordelero yendo hacia el Thune.

Este es el nombre del arroyo originado por el sobrante de las aguas del molino y del parque de los Aigues. El Thune corre á lo largo del camino cantonal hasta el pequeño lago de Soulanges, que atraviesa, yendo á desembocar en el Avonnc, después de haber alimentado los molinos y las aguas del castillo de Soulanges.

—Allí está, la he escondido en el canal de los Aigues con una piedra al cuello.

Al bajarse y al levantarse, el anciano no sintió ya la moneda de cinco francos en su bolsillo, que estaba tan poco acostumbrado al metal, que tenía que anunciar en seguida su estado de plenitud ó de vacío.

—¡Ah! ¡los canallas! exclamó; si yo cazo las *lutrias*, ellos cazan al suegro... Me quitan todo lo que gano, y dicen que lo hacen por mi bien. ¡Ya lo creo que lo hacen por mis bienes! Sin mi pobre Mosca, que es el consuelo de mi vejez, me moriría. Los hijos son la ruina de los padres. Vos no estáis casado, señor Carlos, ¿verdad? ¡No os caséis nunca! de ese modo no tendréis que reprocharos el haber sembrado malos granos... Yo que creía poder comprar cáñamo, ¡pero ya ha volado mi cáñamo! Ese señor, que es muy bueno, me había dado diez francos; pues bien, ya veis adónde ha ido á parar el importe de la *lutria*.

Carlos desconfiaba de tal modo del padre Fourchon, que tomó sus quejas, esta vez bien sinceras, por la preparación

de una farsa, y cometió la falta de dejar traslucir su opinión por medio de una sonrisa, que fué sorprendida por el malicioso anciano.

—¡Ah! padre Fourchon, vais bueno para hablar con la señora, dijo Carlos observando la gran cantidad de rubis que brillaban en la nariz y en los carrillos del anciano.

—Yo estoy á mi negocio, Carlos, y la prueba es que, si quieres convidarme en la repostería con los restos del almuerzo y una botella ó dos de vino de España, te diré tres palabras que te evitarán el recibir una *danza*...

—Decidlas, y yo daré orden á Francisco, de parte del señor, de que os dé un vaso de vino, respondió el lacayo.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues bien, tú vas á hablar con mi nieta Catalina á debajo del arco del puente del Avonnc; Godain la ama; os ha visto, y comete la tontería de estar celoso... Digo tontería, porque un aldeano no debe participar de los sentimientos que sólo están permitidos á los ricos. De modo, que si vas el día de la fiesta de Soulanges al Tivoli para bailar con ella, es fácil que bailes más de lo que quieras... Godain es avaro y malo, y es capaz de romperte un brazo sin que tengas medio de citarle á juicio.

—La broma es cara; Catalina es una bonita muchacha, pero no merece la pena de que yo tenga ese disgusto, dijo Carlos. Y ¿por qué se enfada Godain? Los demás no se enfadan.

—¡Ah! es que piensa casarse con ella...

—¡Menudas palizas la esperan!... dijo Carlos.

—Eso, según, dijo el anciano; hará como su madre, á la que Tonsard no le ha levantado nunca la mano, por miedo de que se le escapase. Una mujer que sabe manejarse, puede dar mucho provecho... Y, por otra parte, si fuese á malas con Catalina, aunque Godain es fuerte, no creo que saliese bien parado.

—Tomad, padre Fourchon, ahí tenéis dos francos por si no podemos probar el vino de Alicante.

El padre Fourchon, al mismo tiempo que se metía la moneda en el bolsillo, volvió la cabeza para que Carlos no pudiese ver la expresión de placer y de ironía que le fué imposible reprimir.

—Catalina, repuso el anciano, es muy lujuriosa, le gusta

el vino de Málaga, y debes decirle que vaya á buscarlo al castillo de los Aigues, ¡tonto!

Carlos miró al padre Fourchon con una sencilla admiración, sin poder adivinar el inmenso interés que los enemigos del conde tenían en introducir un espía más en el castillo.

—El general debe ser feliz, dijo el anciano; pues los aldeanos están ahora muy tranquilos. ¿Qué dice de ellos? ¿Sigue contento con Sibilet?

—El señor Michaud es el único que no está tranquilo con Sibilet; dícese que acabará por despedirle.

—¡Celos de oficio! repuso Fourchon. ¿Cuánto apostamos á que te gustaría á ti que despidieran á Francisco para sustituirle en su empleo de primer ayuda de cámara?

—¡Diantre! tiene mil doscientos francos, dijo Carlos; pero no pueden despedirle; conoce los secretos del general...

—Como la señora Michaud tenía los de la señora condesa, replicó Fourchon espiando á Carlos hasta en el movimiento de los ojos. Vamos á ver, hijo mío, ¿sabes si el señor y la señora duermen separados?

—¡Pardiez! á no ser por eso, el señor no amaría tanto á la señora, dijo Carlos.

—Y ¿no sabes nada más? preguntó Fourchon.

Fué preciso callar. Carlos y Fourchon se encontraban delante de las ventanas de las cocinas.

CAPÍTULO V

LOS ENEMIGOS EN PRESENCIA

Al empezar el almuerzo, Francisco, el primer ayuda de cámara, fué á decir en voz baja á Blondet, pero bastante alto para que el conde lo oyese:

—Señor, el pequeño del padre Fourchon asegura que han cogido una nutria, y pregunta si la queréis, antes de que se la lleven al subprefecto de la Ville-aux-Fayes.

Emilio Blondet, aunque profesor en burlas, no pudo

menos de ruborizarse como una virgen á quien cuentan una historia un poco verde, cuyo principio conoce.

—¡Ah! ¿habéis cazado la nutria esta mañana con el padre Fourchon? exclamó el general soltando una carcajada.

—¿Qué es eso? preguntó la condesa, inquieta con la risa de su marido.

—Desde el momento en que un hombre de talento como él, repuso el general, se ha dejado engañar por el padre Fourchon, un coracero no tiene que avergonzarse de haber ido á cazar esa nutria, que se parece enormemente al tercer caballo que la posta os hace pagar siempre, pero que no veis nunca.

En medio de aquella explosión de risa, el general pudo decir aún:

—No me asombra que os hayáis cambiado de botas y de pantalón, habréis tenido que nadar. Yo no he ido tan lejos en el charco, me he quedado á flor de agua; pero es que vos tenéis mucha más inteligencia que yo...

—Amigo mío, olvidáis que no sé de qué se trata, repuso la señora de Montcornet.

A estas palabras, dichas con el aire amostazado que la confusión de Blondet inspiraba á la condesa, el general se puso serio, y Blondet contó el mismo su pesca de la nutria.

—Pero si en realidad tienen una nutria, esas pobres gentes no son tan culpables, dijo la condesa.

—Sí; pero es que hace diez años que no han visto una nutria, repuso el implacable general.

—Señor conde, dijo Francisco, el pequeño jura y perjura que tienen una.

—Si la tienen, yo se la pago, dijo el general.

—Dios no habrá condenado á los Aigues á no tener nunca nutrias, observó el abate Brossette.

—¡Ah! señor cura, si desencadenáis á Dios contra mí... exclamó Blondet.

—Pues ¿quién está ahí? preguntó vivamente la condesa.

—Mosca, señora, ese pequeño que va siempre con el padre Fourchon, respondió el ayuda de cámara.

—Hacedle entrar... si la señora lo permite, dijo el general; es fácil que os divierta.

—Pero al menos hay que saber á qué atenerse, dijo la condesa.

Mosca apareció algunos instantes después, ostentando su